

Fernández Riquelme, Pedro (2022)
***El discurso reaccionario de la derecha española.
De Donoso Cortés a Vox***

SEVILLA
DOBLE J.
ISBN: 978-84-96875-75-3
216 PÁGS.

Como su propio título indica, la obra de Pedro Fernández Riquelme presenta un itinerario completo a través del discurso reaccionario español durante las dos últimas centurias. La propuesta en sí, analizar históricamente la verbalización de una ideología, ya es de por sí interesante, máxime cuando la primera virtud de este trabajo reside en su sólida exhaustividad. Sus nueve capítulos, desde luego, no dejan el menor resquicio pendiente en ese examen detenido de la trayectoria verbal que ha seguido el pensamiento reaccionario en España. Como no olvida la contraposición a esos planteamientos, el discurso liberal o progresista, en realidad completa un mapa muy ajustado de la trayectoria político-discursiva en España. Pero es que, además, la obra aporta una interesantísima propuesta metodológica, al tiempo que pone de manifiesto un trasfondo teórico no menos sugerente. Hay, por tanto, motivos variados, y de peso, para detenerse en ella y para reflexionar acerca de sus resultados, pero también acerca de cómo los ha alcanzado y de todo lo que ello implica.

Arranca el texto de Fernández Riquelme haciéndose cargo de los orígenes de la retórica conservadora, como una respuesta contraria, y en inevitable confrontación ideológica, con los planteamientos ilustrados desde los que se trató de reconstruir el país en el siglo XVIII. Esas tentativas reformistas, y los posteriores conatos de revoluciones españolas, terminan por fracasar sin atenuantes ya a principios del XIX. En términos concretos, ello lo lleva a ocuparse de un amplio elenco de autores que sustentan el arranque de la perspectiva conservadora, algunos acendrados militantes en esas filas, como Estala o Forner, otros conversos a esas posiciones, luego del estupor que causa la Revolución Francesa. Entre estos últimos, por descontado, destaca el Conde de Floridablanca, antiguo adalid del reformismo que modifica ostensiblemente su pensamiento. El credo conservador se manifiesta desde su mismo arranque en franca sintonía con la religión y a la Iglesia, los dos bastiones que sustentan el retorno de Fernando VII. Fernández Riquelme (pág. 29) apunta que ello no deja de ser una prolongación del espíritu de la Contrarreforma que, a su vez, había dado continuidad a la Edad Media cristiana. Si los musulmanes y los luteranos habían sido los enemigos históricos hasta ese momento, ahora se agregaban los liberales y afrancesados, como nuevos focos de confrontación.

El capítulo siguiente se hace cargo de las dos grandes firmas que instauran esa ideología en la sociedad española, Donoso Cortés y Menéndez Pelayo, referentes indiscutibles en esa dirección. El primero de ellos insistía en conservar a toda costa los órdenes histórico y divino, amenazados por cualquier movimiento revolucionario. Especialmente activo se mostró Donoso en combatir cualquier manifestación de igualdad entre los ciudadanos, para la que reservó un claro discurso de odio. Si estos planteamientos suponen la reivindicación máxima de los valores del Antiguo Régimen, su consolidación viene de la mano de Menéndez Pelayo, en el que Fernández Riquelme ve el origen de la lengua del nacionalcatolicismo que, como es obvio, se prolonga hasta el Franquismo (pág. 45). Entre las constantes acuñaciones de Menéndez Pelayo, por supuesto, destaca la dicotomía entre *ortodoxia* (lo tradicional y español) frente a *heterodoxia* (lo ilustrado y extranjero).

La crisis del 98, como cabía prever, también deja sus secuelas sobre el discurso conservador. Fernández Riquelme no olvida la figura precursora de A. Ganivet, no directamente alineada con los planteamientos reaccionarios, ya que es consciente de la rémora que ha supuesto la Iglesia para el avance y la democratización de España. En este período se detiene en el análisis de dos figuras en gran medida contrapuestas frente a la tradición. Para Ortega y Gasset no deja de ser una ideología, que encubre el deseo de mantener privilegios sociales e impedir la europeización de España. Unamuno, por su parte, conforma un discurso sorprendente, e incluso manifiestamente contradictorio. La tradición sería la sustancia de la historia, aunque en su formulación no se incluyen ni la Inquisición ni la ortodoxia católica como componentes indiscutibles del acervo español. A fin de cuentas, el 98 detecta algunos de los problemas fundamentales de España, pero desde una posición elitista, burguesa y desconectada de la realidad que, en última instancia, lo termina convirtiendo en uno de los basamentos del pensamiento falangista.

Tras una nueva contrariedad histórica, el desastre de Annual, del que se ocupa el capítulo cuarto, ese discurso conservador se reafirma y se prolonga, hasta conducir a planteamientos netamente fascistas. Es el momento en el que se incuban los discursos de José Antonio Primo de Rivera, José Pemartín, Ernesto Giménez Caballero y, en general, el grueso del pensamiento falangista. En ellos se mantiene la idealización de Castilla, depositaria de la esencia española, siguiendo por tanto las ideas de los autores del 98. Además, se produce una exaltación notable del concepto de patria. Se inicia así una constante del discurso reaccionario español que convirtió la “patria” en un patrimonio poco menos que exclusivo frente a sus rivales, sistemáticamente tachados de anti-patriotas y, por consiguiente, también de anti-españoles. Se trataría, por tanto, de una nueva versión de la exclusión de la españolidad para los rivales del pensamiento conservador, en lo que constituye una de sus constantes discursivas.

El capítulo quinto, la siguiente estación cronológica, se concentra de manera monográfica en el discurso de una figura ideológica tan significativa como Ramiro de Maeztu. Para Fernández Riquelme es el responsable de vincular las ideas de Hispanidad y teocracia, hasta conseguir justificar una forma de gobierno autoritario que considera un rasgo de identidad característicamente español. Para Maeztu es grata una retórica de claro corte belicista, binarista, que una vez más contrapone amigos (los correligionarios) a los enemigos (los oponentes). De ella beberá, como es evidente, el propio Franquismo que, no en vano, tuvo a Ramiro de Maeztu entre sus principales referentes.

Se adentra así en los dominios discursivos del nacional-catolicismo, que abarca el capítulo siguiente, junto con el tardofranquismo. Se trata de un período evidentemente extenso, en el que se registran dos patrones discursivos principales, acordes con la propia evolución histórica del Régimen. En su arranque, la narrativa de Franco contrapone los valores que presenta como propios (espiritualismo, patriotismo, moralidad) a los del enemigo (materialismo, antipatriotismo, criminalidad), con lo que se sigue la lógica confrontación binaria que arrancaba, no ya de Maeztu, sino de la propia tradición conservadora. Esos valores sustentan la consideración del propio Franquismo como la culminación de un proceso histórico. Instalado en el poder, el Régimen prefiere orientarse hacia derroteros menos marcados en lo político, para subrayar preferentemente la figura mesiánica de Franco como caudillo.

La Transición democrática ocupa la siguiente sección de la obra de Fernández Riquelme. La transformación discursiva es notable y evidente, no solo por la multiplicidad de opciones políticas que ofrece, sino por el discurso del pacto y el consenso sobre el que se articuló la recuperación de la democracia en España. La derecha intensificará su tono más conservador a partir del gobierno de Rodríguez Zapatero, a causa de las profundas transformaciones sociales impulsadas, algunas de ellas claramente contrapuestas a su ideario.

El capítulo octavo aborda el concepto de “posfascismo”, la última frontera discursiva de la derecha, que mantiene el rechazo a cualquier forma de igualitarismo, es contrario a la Globalización y a Europa, lo que implica un retorno al nacionalismo más radical. Ahora se incorporan nuevos enemigos, focalizados en el feminismo y el colectivo LGTBI.

La obra concluye con un análisis del discurso de Vox, exponente español de esa tendencia. Para caracterizarlo Fernández Riquelme acuña el término “retrodiscurso”, mediante el que refiere la recuperación del discurso franquista adaptado a los nuevos tiempos, dentro de esa corriente neofascista.

En el prólogo, José del Valle, catedrático de Lingüística de la City University of New York, destaca dos aspectos fundamentales en la obra: uno, el carácter societario del discurso, responsable de la organización experiencial de sus comunidades, con un claro cometido performativo;

dos, la comprensión histórica del fenómeno, en tanto que producto de la actividad de distintas comunidades sociales. Me parece una caracterización pertinente del trabajo de Fernández Riquelme que, por lo demás, pone de manifiesto que circula entre cuestiones nodales para la tradición lingüística. En efecto, las preocupaciones por aclarar cómo interaccionan las categorías discursivas y las de pensamiento colectivo, así como su evolución histórica, han sido constantes universales en la reflexión acerca del lenguaje y de las lenguas. En ese sentido, Fernández Riquelme hace una aportación sustantiva, con el valor añadido de sustentarla en un riguroso análisis empírico.

Fernández Riquelme ha elaborado, desde luego, una obra extensa y, sobre todo, intensa. A menudo su lectura evoca la historia social del lenguaje de P. Burke, probablemente una de las apuestas interdisciplinares más poderosas de las últimas décadas, al menos en lo tocante a la lingüística. Pedro Fernández Riquelme también reconstruye la historia de España a partir del conocimiento profundo del comportamiento lingüístico observado en cada época. Del mismo modo, para observar ese comportamiento se hace acopio exhaustivo de fuentes, diversidad que, por lo demás, se corresponde con la naturaleza societaria del lenguaje. Así, ese discurso reaccionario que examina Fernández Riquelme se plasma en autores, pensadores y políticos, pero también en el cine, en los medios de comunicación y en el teatro. Ahora la referencia que aparece en el recuerdo es T. di Mauro (1963) y su monumental historia de la lengua italiana desde la unificación del país.

Pero, a diferencia de Burke, Pedro Fernández Riquelme no navega por mares interdisciplinares, por más que tampoco eluda la información contextual. Todo lo contrario, la maneja con tino y solvencia, aunque nunca deja de ser eso, un dato auxiliar que está al servicio de un análisis discursivo diacrónico. En ese sentido entiendo que su obra supone un punto de madurez para la lingüística dinámica, siguiendo la distinción de Pisani (1987) entre modelos focalizados en los sistemas de las lenguas (estáticos) frente a otros que primaban el uso para comprender el lenguaje humano (dinámicos). Esa cesura empieza a manifestarse en torno a la segunda mitad de los 60, lógicamente, con todo por hacer en la vertiente dinámica. La obra de Fernández Riquelme constata la saludable viabilidad de esta última opción, ya desde una madurez fehaciente. Lo hace, desde mi punto de vista, sin restricciones, siendo capaz de conjugar con solvencia y brillantez varias aportaciones de ese tipo. Por supuesto, es una obra que examina el discurso y lo hace, además, en un segmento temporal verdaderamente amplio, que termina por cubrir más de dos siglos, como queda dicho. Solo que, junto a esa incuestionable base discursiva y pragmalingüística, en su dimensión más social, hay también huellas rastreables de la macrosociolingüística al atender a grandes marcos sociales de actividad lingüística, no sin reparar en

el detalle del uso cotidiano de un lenguaje especializado, en la línea ahora de la etnografía del habla más clásica. De ese modo alcanza un análisis ideológico del lenguaje que se complementa con un análisis lingüístico de la ideología, en la línea de las mejores aportaciones de la Escuela de Fráncfort. Todo ello, además, convive con herramientas de la lingüística de siempre, con etimologías de los términos, con apuntes de historia de la lengua, con notas de uso. Esa abundancia de recursos científicos conforma un todo, coherente y de extraordinaria capacidad descriptiva, que da por resultado un texto de gran solvencia en lo descriptivo, pero también en lo teórico y en lo metodológico.

Los paradigmas se originan en una disciplina y se difunden, a ritmo variable, por el resto de los dominios científicos. Esa capacidad para acoplar elementos diversos en un todo coherente, en el fondo, invita a entender la realidad discursiva más allá de parámetros escuetamente segmentales y discretos. Tengo la sensación de que el desarrollo de la complejidad en lingüística puede ir en esa dirección. Desde luego, es una nueva sugerencia de una obra cargada de ellas.

REFERENCIAS

- BURKE, P. (1996): *Hablar y callar: Funciones sociales del lenguaje a través de la historia*, Barcelona: Gedisa, 1996.
 DI MAURO, T. (1963): *Storia linguistica dell'Italia unita*, Roma: Laterza.
 PISANI, A. (1987): *La variazione linguistica. Causalismo e probabilismo in sociolinguistica*, Turín: Agnelli.

FRANCISCO GARCÍA MARCOS

Universidad de Almería

fmarcos@ual.es

<https://orcid.org/0000-0001-5638-1859>

Fecha de recepción 06/07/2022
Fecha de publicación 01/12/2022

